### JOHN CONNOLLY MALVADOS

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona



# Índice

Agradecimientos	11
Prólogo	13
El primer día	29
El segundo día	89
El tercer día	171
El último día	221
Epílogo	383

A mi hermano, Brian

#### **AGRADECIMIENTOS**

Aunque Santuario es una isla del todo ficticia, parte de su historia y de su geografía se basan libremente en las de Peaks Island, una isla de Casco Bay situada cerca de Portland, Maine, Estados Unidos. Doy las gracias a los agentes Christopher Hawley y Bob Morton, del departamento de policía de Portland, que prestaron servicio en Peaks Island y tuvieron la amabilidad y paciencia de responder a mis interminables preguntas acerca de la isla y del trabajo que allí desempeñaron. También doy las gracias al capitán Russell Gauvin, del departamento de policía de Portland, por haber tenido la bondad de facilitarme la tarea de documentación, v a Sarah Yeates, fuente de cordialidad y de información. Los libros Peaks Island: An Affectionate History, de John K. Moulton (1993); Islands of Maine, de Bill Caldwell (Down East Books, 1981); The Maine Coast Guide, de Curtis Rindlaub (Casco Bay, 2000), y The Handbook of Acromegaly, editado por John Wass (BioScientifica, 2001), también me resultaron útiles. Como siempre, todos los errores son míos.

A título personal, doy las gracias, como siempre, a mi editora, Sue Fletcher, a su ayudante, Swati Gamble, y a todo el personal de la editorial Hodder & Stoughton por su constante confianza; a mi agente, Darley Anderson, y a sus colaboradores, por todo lo que han hecho por mí; y a muchos libreros y críticos generosos que me han apoyado en mi trabajo.

## Prólogo

... sabe que no son torres: son gigantes hundidos en la fosa, y eso explica que sus bustos se yergan arrogantes.

Dante Alighieri, Infierno, Canto XXXI

Moloch sueña.

En la oscuridad de la celda de una cárcel de Virginia se remueve como un diablo viejo al que hostigara el recuerdo de su humanidad perdida. El sueño vuelve a acosarlo, el Primer Sueño, porque en él está su principio y su fin.

En el sueño se halla a la vera de un espeso bosque y la ropa le huele a grasa de animal y a agua salada. En la diestra sostiene algo que pesa: un mosquete, cuya correa de cuero cuelga hasta casi tocar el suelo. Al cinto lleva un cuchillo, un cuerno con pólvora y una bolsa con balas. La travesía hasta la isla ha sido dura, porque el mar estaba embravecido y las olas los sacudían con la fuerza de una mano enorme. En el camino han perdido a un hombre, ahogado al volcar una de las canoas, y con él las olas se han tragado un par de mosquetes y una bolsa de cuero llena de pólvora y de balas. No pueden permitirse perder armas. Son hombres perseguidos, aunque también ellos persiguen esa noche. Es el año del Señor de 1693.

Tres siglos después de la época en que transcurre el sueño, Moloch se revuelve en la litera fluctuando por un instante entre el sueño y la vigilia, antes de hundirse de nuevo en ese mundo de imágenes, de sumergirse en él más y más profundamente, como un hombre que se ahoga en el recuerdo; pues el sueño no es nuevo y a estas alturas sabe que le llega cuando descansa la cabeza en la almohada y al final se rinde a él, con el corazón latiéndole en los oídos, la sangre palpitando.

Y corriendo.

Sabe, en un momento en que emerge de su sueño intranqui-

lo, que ha matado y que volverá a matar. Ensueño y realidad se confunden, porque Moloch ha matado mientras soñaba y mientras estaba despierto, aunque ahora los dos reinos se le han vuelto indistintos.

Estoy soñando.

No estoy soñando.

Lo estoy. Lo estaba.

Pisa arena. Detrás de él han varado las canoas y hay hombres a su alrededor esperando a que ordene emprender la marcha. Son doce en total. Les hace una seña con la mano y los blancos echan a caminar tras él hacia el bosque, los indios enmudecen y corren delante. Uno de ellos se vuelve y se ve que tiene la cara picada y llena de cicatrices y que le falta una oreja, que le cortaron los de su misma tribu.

Es un wabanaki, un wabanaki mercenario, un paria. Viste las pieles con el pelo vuelto hacia dentro, como se estila en invierno.

—Tanto —dice el indígena, nombrando al dios del mal. El tiempo inclemente, el hombre ahogado, incluso el hecho de estar él allí, rodeado de hombres blancos a quienes odia, todo puede considerarse obra del dios malo. Los demás llaman «Cuervo» al wabanaki. No conocen su nombre tribal, aunque se dice que una vez fue un gran hombre entre su gente, el hijo de un jefe, un sagamore, y que algún día habría sido jefe también si su gente no lo hubiera desterrado. Moloch no contesta y el indígena sigue adentrándose en el bosque tras sus compañeros exploradores sin decir nada más.

Luego, cuando despierte, Moloch se sorprenderá de nuevo de lo bien que conoce estas cosas (pues el sueño viene repitiéndose con más frecuencia en los últimos meses, e incluso con más detalle). Sabe que no se fía de los indios. Hay tres, dos wabanaki y un mikmaq, a cuya cabeza han puesto precio en Fort-Anne; hombres viciosos que lo sirven a cambio de alcohol, armas y la promesa de que les permitirán cometer violaciones. Ahora le son útiles, pero no se siente seguro con ellos. Su propia gente los repudia y son lo bastante inteligentes para saber que los hombres a los que se han aliado también los desprecian.

En su sueño, Moloch decide que habrá que matarlos cuando hayan hecho su trabajo.

Delante, en la espesura, se oye ruido de una breve lucha e instantes después aparece el asesino mikmaq. Trae sujeto a un muchacho de unos quince años, cuyos gritos sofoca con su manaza. El muchacho forcejea para liberarse y da patadas al aire, impotente. Los sigue uno de los wabanaki, con el mosquete del chico. Lo han sorprendido antes de que pudiera disparar alertando a los suyos.

Moloch se acerca y el chico lo reconoce y deja de forcejear. Mueve la cabeza e intenta decir algo. El indio le retira la mano de la boca pero sigue oprimiéndole la garganta con un cuchillo, para que no grite. Ahora que puede hablar, al muchacho no se le ocurre nada que decir, pues no hay nada que decir. Solamente echa vaho, que se eleva blanquecino en el aire helado como si fuera una esencia que abandonara el cuerpo, como si su alma huyera del dolor que su ser físico está a punto de sufrir.

Moloch le aprieta la cara con las manos y le dice:

-Robert Littlejohn, ète mandaron que me vigilaras?

Robert Littlejohn no contesta. Moloch puede notar que tiembla entre sus manos. Le sorprende que hayan mantenido ese grado de vigilancia durante todo el tiempo. Al fin y al cabo, han pasado muchos meses desde su marcha forzada.

Lo impresiona lo mucho que deben de temerlo.

—Aunque parece que se sienten muy seguros cuando sólo dejan a un chico para que vigile los accesos del norte de Santuario. —Le suelta la cara y lo acaricia con la yema de los dedos—. Eres un chico valiente, Robert.

Se yergue y hace una seña al indio, y el mikmaq empieza a rajarle la garganta al muchacho, sujetándole la cabeza por el pelo y tirando de ella hacia atrás para que el cuchillo corte mejor. Moloch se aparta para evitar que lo salpique la sangre, pero sigue mirando al muchacho a los ojos, mientras la vida lo abandona. En su sueño, Moloch se siente decepcionado por la muerte del chico. No hay miedo en sus ojos, pese a que sus últimos momentos en este mundo han debido de ser terroríficos. En lu-

gar de miedo, Moloch ve una promesa, no formulada pero que deberá cumplirse.

Cuando el muchacho ha muerto, el mikmaq se lo lleva a lo alto del acantilado y lo arroja al mar. El cadáver se hunde y desaparece de la vista.

—Andando —dice Moloch.

Se adentran en el bosque, mirando bien donde ponen los pies para no pisar ramas que podrían crujir con fuerza y alertar a los perros. Hace mucho frío y empieza a caer una nieve que, arrastrada por el fuerte viento, les golpea la cara, pero Moloch conoce el terreno sin necesidad de que los exploradores lo guíen.

Delante, el mikmaq levanta la mano y el grupo se detiene. No hay señales de los otros indígenas. En silencio, Moloch se acerca al guía. El indio señala al frente. Moloch no ve nada hasta que el centinela da una larga chupada y el tabaco rojea vivamente un instante. Aparece una sombra por detrás y el cuerpo del hombre se encorva sobre el mango del cuchillo. La pipa cae al suelo y lo siembra de ceniza roja que se apaga con un chisporroteo en la nieve recién caída.

De pronto empiezan los ladridos y uno de los animales de los colonos, más lobo que perro, surge de unas matas y se acerca amenazadoramente al hombre que Moloch tiene a su izquierda. Salta y se oye un disparo, y el perro da una sacudida y se retuerce en el aire, y con un gemido cae muerto en un rodal de suelo pedregoso. Los hombres salen ahora de sus emboscaduras y se oyen voces que llaman, mujeres que gritan, niños que lloran. Moloch apunta con su mosquete a un colono cuya silueta aparece en la puerta de una de las cabañas, y al que las ascuas moribundas del fuego de dentro convierten en un blanco fácil. Es Alden Stanley, un pescador como el mesías al que tanto adora. Moloch aprieta el gatillo y Alden Stanley desaparece durante un instante en medio de una nube de humo y chispas. Cuando la nube se disipa, Moloch ve los pies de Stanley que se agitan en el umbral hasta que quedan quietos. Ahora sus hombres se disponen a luchar cuerpo a cuerpo y empuñan cuchillos y blanden hachas de mango corto, aunque aquellas gentes dificilmente pueden presentar batalla. Se creían a salvo en este remoto lugar pensando que bastaba con la vigilancia de un centinela soñoliento y un muchacho subido a una roca y los han pillado desprevenidos. Se lanzan sobre ellos sin darles tiempo ni de cargar las armas. Los colonos triplican en número a sus asaltantes, pero eso no cambiará el resultado. Ya los han vencido. Sus hombres no tardarán en escoger a sus víctimas entre las mujeres supervivientes y las muchachas jóvenes, a las que luego matarán también. Moloch ve a uno de ellos, Barone, ya dominado por la lascivia. Lleva a una niña en brazos, de unos cinco o seis años, de lindo cabello rubio, con un vestido negro muy holgado cuyos pliegues cuelgan como alas de sus brazos levantados. Moloch sabe cómo se llama. En ese momento, Barone la arroja al suelo y se echa sobre ella.

Tampoco en su sueño siente Moloch deseos de intervenir.

Al contrario: ve a una mujer que huye hacia el interior y sale corriendo tras ella. Apenas le cuesta seguirla: hace mucho ruido y las piedras y raíces le arañan la planta y el talón de los pies descalzos, ralentizando su carrera. Moloch la adelanta y la espera emboscado, de manera que, cuando sale de su escondite, ella aún sigue mirando hacia atrás, a la matanza, y la pálida luz que se filtra por las ramas proyecta la sombra de él sobre su cara.

Y cuando la mujer lo ve, su miedo aumenta, aunque él ve también rabia y odio.

—Tú —dice ella—. Tú los has traído.

Con la mano derecha, Moloch le propina una bofetada y la derriba. Ella intenta levantarse, sangrando por la boca. Moloch se arroja sobre ella y le levanta el camisón por encima de los muslos y del vientre. Ella empieza a darle puñetazos, pero él suelta el arma y con la mano izquierda le sujeta los brazos sobre la cabeza. Con la derecha se busca en el cinto y entonces ella oye el sonido del acero en el cuero cuando él desenvaina el cuchillo.

—Te dije que vendría —susurra él—. Te dije que volvería. Se inclina más hasta que casi le toca los labios con la boca.

—Me conoces, esposa.

El cuchillo brilla a la luz de la luna y, en su sueño, Moloch pone manos a la obra.

Así pues, Moloch duerme, creyendo que sueña; y muy al norte, en la isla con la que sueña, Sylvie Lauter abre los ojos.

Es enero del año del Señor de 2003. El mundo está torcido. Descansa de lado como si el mundo físico hubiera acabado pareciéndose a la imagen que ella tiene de él. Para ella siempre ha estado inclinado, desequilibrado. Nunca ha encajado bien en él. En la escuela se ha hecho un sitio entre los demás marginados, los que llevan el pelo teñido y los ojos bajos. Le dan cierta sensación de pertenencia, aunque ellos rechazan la idea misma de pertenencia. Ninguno pertenece a nada. El mundo no los aceptará.

Pero ahora ese mundo se ha alterado. Los árboles crecen oblicuos y se ha abierto una puerta que deja ver el firmamento nocturno. Extiende la mano para tocarlo pero una telaraña le empaña la vista. Aguza la mirada y ve un destello radiado en el cristal que se hace añicos. Parpadea.

Hay sangre en sus dedos y en su cara.

Y siente dolor. Tiene las piernas terriblemente oprimidas y el pecho le duele mucho. Al respirar es como si le clavaran agujas. Traga y la lengua le sabe a cobre. Con la mano derecha se limpia la sangre de los ojos y su visión se aclara.

El capó del coche se ha empotrado en un roble y sus piernas se pierden en medio de la chatarra del salpicadero y del motor. Recuerda el momento en que el coche se desvió sin control pendiente abajo. La noche se rebobina ante sus ojos. El accidente mismo es un caos de imágenes y sonidos. Recuerda que se sintió extrañamente tranquila cuando el coche chocó contra una gran porción de hormigón levantado y la parte delantera del vehículo se elevó por los aires. Recuerda que el parabrisas se llenó de ramas y de hojas verdes; el ruido sordo del impacto; el gruñido de Wayne, que le recordó el sonido que emite cuando algo lo asombra, cosa que ocurre a menudo, o cuando tiene un orgasmo, cosa que ocurre a menudo también. Sigue rebobinando y se ve a sí misma y a Wayne en lo alto de una pendiente artificial, en lo que antes eran almacenes de armas y búnkeres del

ejército, dispuestos a lanzarse en punto muerto pendiente abajo. Ahora entra en el garaje y ve a Wayne robando el coche. Ahora está de espaldas en una cama y Wayne le hace el amor. No lo hace bien, pero es Wayne, su novio.

Wayne.

Se vuelve a la izquierda y lo llama, pero nadie le contesta. De nuevo articula el nombre y consigue susurrarlo.

-Wayne.

Pero Wayne está muerto. Tiene los ojos entornados y la mira como con pereza. Por la boca mana sangre y tiene el eje del volante clavado en el pecho.

-Wayne.

Rompe a llorar.

Cuando abre los ojos, ve unas luces enfrente. Gente, piensa, gente que acude en su ayuda. Las luces se pasean por el parabrisas y el capó destrozado. Una de ellas, iluminando el habitáculo con una claridad difusa, pasa por encima y ella se pregunta cómo pueden moverse de tal manera.

—Ayudadme —dice.

Una de las luces se acerca a la ventanilla abierta de su derecha y por fin Sylvie puede ver el bulto que hay detrás. Es una forma encorvada envuelta en hojas, ramas, barro y oscuridad. Huele a tierra húmeda. Alza la cara y a la tenue claridad que se difunde de la lámpara que lleva en la mano Sylvie ve una piel gris, unos ojos oscuros como burbujas de aceite y unos labios agrietados y pálidos, y sabe que pronto se reunirá con Wayne, que emprenderán juntos el viaje al otro mundo, donde al fin ella encontrará el puesto que le corresponde en el gran orden que le ha estado oculto tanto tiempo. No tiene miedo. Sólo quiere que el sufrimiento cese.

—Por favor —le dice a la mujer muerta del parabrisas, pero la mujer retrocede y Sylvie nota que tiene miedo, que allí hay algo que incluso los muertos temen. También las otras luces se retiran y Sylvie extiende la mano, implorante—. No os vayáis —ruega—. No me dejéis sola.

Pero no está sola.

Oye un sonido sibilante cerca y una figura aparece flotando

al otro lado del cristal. Es más pequeña que la mujer y no lleva luz. Su pelo blanquea a la luz de la luna y lo tiene tan largo y tan revuelto que casi le cubre la cara. Se acerca más y Sylvie siente que la invade el cansancio. Se oye gemir a sí misma. Abre la boca para decir algo pero le fallan las fuerzas para cerrarla.

La figura de la ventana se pega al coche y con las manos, de dedos pequeños y grises, agarra el canto del cristal e intenta bajarlo más. Aunque la sangre y las lágrimas le enturbian de nuevo la vista, Sylvie puede ver que es una niña que trata de entrar en el coche, acompañarla en su agonía.

—Cielo —murmura.

Sylvie intenta moverse y el dolor la recorre con la violencia de una descarga eléctrica, la obliga a girar la cabeza a la derecha de manera que sólo puede ver a la niña de reojo. La mente se le aclara un momento. Si siente dolor, es que está viva. Si está viva, aún hay esperanza. Todo lo demás no son sino imaginaciones de una mente desquiciada por el sufrimiento y la angustia.

La mujer de la lámpara no era una muerta.

La niña no flota en el aire.

Sylvie nota que algo le pasa por encima rozándole el pecho. Revolotea ante sus ojos y cuando choca contra el techo y las ventanas del coche sus alas chasquean sordamente. Es una mariposa nocturna. Hay más. Las nota en la piel y en el pelo.

—Cielo —dice titubeando, mientras ahuyenta con las manos débilmente los insectos—. Llama a alguien. Ve a avisar a tu mamá o a tu papá. Diles que hay una señora que necesita ayuda.

Los ojos se le cierran. Sylvie está perdiendo el conocimiento. Está muriéndose. Se equivocaba. No hay esperanza.

Pero la niña no se va. Al contrario, se cuela en el coche por la estrecha abertura que queda entre la ventanilla y la puerta, primero pasa la cabeza, luego los hombros. El sonido sibilante aumenta de volumen. Sylvie siente que algo frío le roza la frente, las mejillas, que al final se le posa en los labios. Ahora hay más mariposas y el sonido que producen suena más y más fuerte, como aplausos que estallaran aquí y allá. Las trae la niña. De algún modo son parte de ella. El frío que nota en los labios se

intensifica. Sylvie abre los ojos y ve la cara de la niña junto a la suya, y que con una mano le acaricia la frente.

—No...

Nota entonces unos dedos que le hurgan en la boca, que se abren paso por entre los dientes, y siente en la lengua piel vieja que se deshace como si fuera polvo. Sylvie piensa instintivamente en las mariposas, en lo que sentiría si tuviera una en la boca. Los dedos se han adentrado en ella y palpan, sondean, agarran, tratan desesperadamente de llegar a su calor, a su entraña viva. Ella se resiste e intenta gritar, pero la manita sofoca su voz. La cara de la niña está ahora muy cerca de la suya, pero sigue sin verla bien. Es una imagen borrosa, como una acuarela olvidada bajo la lluvia, las formas se difuminan, se funden unas con otras. Lo único que ve claramente son los ojos: negros y hambrientos, ávidos de vida.

La niña retira la mano y pega la boca a la suya, intenta abrírsela con la lengua y los dientes, y Sylvie nota un sabor a tierra, a hojas podridas, a agua oscura y sucia. Trata de quitársela de encima y palpa los viejos huesos bajo el manto de vegetación y prendas ásperas, mugrientas.

Ahora es como si la niña fantasma estuviera chupándole las últimas energías que le quedan; es una niña muerta alimentándose de una niña moribunda.

Es una niña de gris.

Y está hambrienta, muy hambrienta. Sylvie le clava los dedos en el cuero cabelludo y se lo araña con las uñas. Quiere obligar-la a desistir, pero la niña se ha agarrado a su cuello y le oprime la boca con la suya. Ve que otros bultos vagos se aglomeran detrás, luces que se juntan, atraídos por la voracidad de la niña de gris, aunque no comparten su apetito y el miedo que le tienen sigue repeliéndolos.

De pronto deja de notar la boca, los huesos de la niña. Las luces se han ido y llegan otras, más potentes, que alumbran de verdad. Un hombre se le acerca y ella cree reconocerlo. Pronuncia su nombre:

—¿Sylvie? ¿Sylvie?

Sylvie oye sirenas que se acercan.

- —No te vayas —murmura. Le coge el brazo y lo atrae hacia sí—. No te vayas —repite—. Volverán.
  - -¿Quiénes? pregunta él.
  - —Los muertos —contesta ella—. La niña.

Quiere escupir el sabor de la niña, y por la barbilla le chorrea sangre y polvo. Empieza a temblar, y el hombre la abraza y procura confortarla, pero nada puede confortarla.

—Estaban muertos —dice—, pero llevaban luces. ¿Para qué necesitan luz los muertos?

Y el mundo por fin se vuelve negro y ella obtiene la respuesta que buscaba.

Las olas rompen contra la costa de la isla. No hay luz en casi ninguna casa. No ruedan coches por Island Avenue, la calle mayor de la pequeña localidad. Más tarde, cuando amanezca, el jefe de correos, Larry Amerling, se sentará a su mesa y esperará el barco correo que trae la primera correspondencia del día. Sam Tucker abrirá el mercado de Casco Bay y pondrá a la venta la hornada diaria de rosquillas, cruasanes y pasteles. Llenará las cafeteras y saludará por su nombre a los que se pasen a llenar sus tazas antes de tomar el primer ferry del día con destino a Portland. Más tarde, Nancy v Linda Tooker abrirán el Dutch Diner para la tradicional jornada de siete horas —de siete a dos, siete días a la semana—, y los que puedan permitirse tomarse la vida con más calma bajarán tranquilamente a desayunar y a cotillear un rato, comiendo huevos revueltos con beicon y mirando por la ventana el pequeño embarcadero al que el ferry de Archie Thorson llega y del que parte con razonable regularidad y con puntualidad algo menos razonable. A mediodía, Jeb Burris dejará de atender el motel Black Duck y pasará a atender el bar Rudder, aunque tampoco en invierno el trabajo le quita mucho tiempo. De jueves a sábado, Good Eats, el único restaurante de la isla, abre para ofrecer cenas, y Dale Zipper, el cocinero y propietario, bajará al atracadero a negociar el precio de langostas y cangrejos. Los camiones de Construcciones Jaffe, la mayor empresa del ramo de la isla (con un total de veinte empleados), saldrán a realizar las tareas del día, que van desde la construcción de viviendas a la reparación de barcos, pues Covey Jaffe se precia de tener una plantilla flexible. Como es principios de enero, sigue sin haber escuela, por lo que el colegio de primaria Dutch Island aún no ha abierto sus puertas y no habrá niños mayores que vayan en el ferry a los colegios del continente. A algunos de ellos se les ocurrirán nuevas travesuras, buscarán nuevos lugares en los que fumar marihuana y echar un casquete, preferiblemente sin que los vean sus padres ni la policía. Muchos aún ignorarán la muerte de Wayne Cady y Sylvie Lauter, y cuando a la mañana siguiente se enteren del accidente, y pasen los primeros momentos de conmoción, empezarán a temer posibles represalias de los adultos en forma de coacción parental y mayor vigilancia policial. Pero al principio sólo habrá consternación y llanto; los chicos recordarán lo mucho que desearon a Sylvie Lauter y las chicas pensarán con una especie de afecto en los manoseos adolescentes de Wayne Cady. Se empinarán botellas en secreto y hombres y mujeres jóvenes visitarán la casa de Cady y la de Lauter y recibirán en un silencio apurado el abrazo de los padres desconsolados.

Pero de momento, la única luz que hay encendida en Island Avenue, sin contar la docena de farolas de la isla, se encuentra en el edificio del ayuntamiento, sede de los bomberos, de la biblioteca y de la policía. En la pequeña oficina de la policía local hay un hombre sentado en una silla. Se llama Sherman Lockwood y es uno de los policías de Portland que prestan servicio por turno en la isla. Aún tiene las manos y el uniforme manchados de la sangre de Sylvie Lauter, y cristales del parabrisas incrustados en la suela de las botas. A su lado hay una taza de café frío. Tiene ganas de llorar, pero se las aguantará hasta que llegue a su casa del continente y despierte a su mujer, la abrace con fuerza y dé rienda suelta a los sollozos. Tiene una hija de la edad de Sylvie y su peor pesadilla es verla algún día como ha visto a Sylvie esa noche, la promesa de que vive sólo porque no ha muerto. Extiende la mano y a la luz de la lámpara de la mesa ve la sangre que le ha quedado en las uñas y en los pliegues de los nudillos. Podría ir al baño y lavarse las últimas huellas de la chica, pero el lavabo de porcelana está lleno de motas rojas y teme perder el dominio de sí si ve esas manchas. Así que Sherman aprieta los puños, se los mete en los bolsillos de la chaqueta y procura no temblar.

Por la ventana, Sherman puede ver un gran bulto que se recorta contra el firmamento. El bulto es un hombre, un hombre casi medio metro más alto que él, un hombre incomparablemente más fuerte y más triste que Sherman. Sherman no es un nativo de Dutch Island. Nació y creció en Biddeford, al sur y no lejos de Portland, donde sigue viviendo con su esposa y sus dos hijos. La muerte de Sylvie Lauter y de su novio, Wayne, le resulta terrible y dolorosa, pero no los ha visto crecer como el hombre de la ventana. Sherman no forma parte de esa comunidad estrechamente unida. Él es un forastero y siempre lo será.

Aunque el gigante también es un extraño. Su corpulencia, su torpeza, el recuerdo de las muchas burlas, de los muchos rumores de que ha sido objeto, han hecho de él un extraño. Nació aquí y morirá aquí sin llegar a sentir que pertenece a la comunidad. Sherman decide reunirse con el gigante dentro de un momento. Aunque no inmediatamente.

No inmediatamente.

El gigante tiene la cabeza algo levantada, como si aún pudiera oír el barco de bomberos de Portland llevándose los cadáveres de Sylvie y de Wayne al continente, donde se les practicará la autopsia. Dentro de un par de días, los isleños se reunirán en el cementerio para ver cómo entierran los ataúdes en silencio. Sylvie y Wayne serán sepultados uno al lado del otro al acabar el oficio colectivo que se celebrará ante la pequeña iglesia baptista de la isla. Quinientas personas irán de la iglesia al cementerio y después habrá café y sándwiches en la sede local de la American Legion, y quizá también algo más fuerte para quienes más lo necesiten.

Y el gigante estará con los dolientes, y llorará con ellos, y se preguntará cosas.

Porque sabe lo último que dijo la chica y siente un temor inexplicable.

Los muertos.

Estaban muertos, pero llevaban luces. ¿Para qué necesitan luz los muertos?

Pero de momento la isla está de nuevo en calma. Se llama Dutch Island en los mapas, un islote de forma oval a hora y media de ferry de Portland, una de las islas del archipiélago de Casco Bay más alejadas de la costa. Se llama Dutch Island para quienes se han venido a vivir aquí hace poco, ya que la isla no ha dejado de atraer su porción de nuevos residentes que no podían o no querían seguir viviendo en el continente. Se llama Dutch Island para los reporteros que cubrirán el funeral; Dutch Island para los legisladores que decidirán su futuro; Dutch Island para las inmobiliarias que harán subir el precio de las viviendas; y Dutch Island para los veraneantes que todos los años vienen a pasar un día, una semana, un mes en sus playas, sin llegar a conocer su verdadero carácter.

Pero otros la llaman por su antiguo nombre, el nombre que los primeros pobladores, las gentes del sueño de Moloch, le dieron antes de que los exterminaran. La llamaban Santuario, y para Larry Amerling, para Sam Tucker, para el viejo Thorson y para un puñado de personas más sigue llamándose Santuario, aunque sólo la llaman de esa manera cuando hablan entre sí, y pronuncian su nombre con una suerte de reverencia y quizá con cierto temor.

También el gigante la llama Santuario, porque su padre le contó la historia de la isla, como a él se la contó su padre, y así generación tras generación hasta los primeros antepasados del gigante. Pocos forasteros lo saben, pero el gigante es dueño de grandes porciones de isla que su familia compró cuando nadie quería aquella tierra, cuando incluso el estado se negaba a comprar islas en Casco Bay. Su manera de administrar la isla es una de las razones por las que la isla sigue intacta, por las que su patrimonio se conserva con tanto respeto y su memoria se guarda con tanto celo. El gigante sabe que la isla es especial y por eso la llama Santuario, como todos aquellos que reconocen su deuda con el lugar.

Y es posible que también la llame Santuario el joven que mira el mar en Pine Cove, de pie en medio de las olas. No parece que lo afecte el frío, ni que lo estremezcan las olas al romper, ni que el agua mine sus pies bien plantados en el suelo. Viste prendas de algodón crudo y una pesada chaqueta de piel de vaca que su madre le cosió junto al fuego, mientras él la miraba pacientemente, día tras día.

El muchacho tiene la cara muy pálida y los ojos oscuros y vacíos. Se siente como si hubiera despertado de un largo sueño. Se pasa los dedos por los moratones de la cara que el hombre le dejó marcados y luego se toca la cicatriz de la garganta por la que pasó el cuchillo. Tiene las yemas arrugadas, como si hubieran estado mucho tiempo en agua.

Para el muchacho, como para la isla, no existe el pasado; sólo existe el eterno presente. Mira hacia atrás y ve los bultos que se mueven en el bosque, que se deslizan por entre los árboles. La espera ya casi ha terminado y su promesa no formulada está a punto de cumplirse.

Vuelve al mar y sigue velando sobre el mundo que espera más allá.

## El primer día

Volvieron a preguntarme cómo me llamaba, a preguntarme cómo me llamaba. Y dos murieron antes de poder moverse, murieron antes de poder moverse. «Así me llamo», les dije, «así me llamo, para que lo sepáis...»

Canción del forajido (tradicional)